



Si bien siempre he tenido —y tengo— mis creencias religiosas, reconozco que jamás he sido especialmente piadoso. Pero en lo que siempre he creído es en el Ángel de la Guarda. Él, en varias ocasiones, que con el devenir del tiempo y tras

arduas reflexiones, consideré que fueron mortales de necesidad, preservó mi vida.

Sin ser la primera, la más evidente fue en la ya lejana primavera de 1978. Estando destinado en la Bandera 'Roger de Flor' I de Paracaidistas, la cual, a su vez, estaba destacada en Las Palmas de Gran Canaria¹. Todas las semanas —los jueves— había lanzamientos de instrucción, madrugábamos mucho para poder estar antes de las ocho de la mañana en la Base Aérea de Gando. Se saltaba a primeras horas, ya que a medida que avanzaba el día el viento subía en intensidad, llegando a hacer prohibitivos los saltos. Para ello se empleada la zona de dunas existente en Maspalomas, al sur de la isla; el Ejército del Aire proporcionaba los medios aéreos (2 o 3 aviones Aviocar, con capacidad para 14 o 15 paracaidistas), para lanzar una Compañía en torno a los 100 efectivos, eran necesarias varias rotaciones; en el último avión lo hacíamos los manualistas². Para saltar en dicha modalidad había que tomar una altura superior (entre los 1500 y 2000 metros). En la Bandera había unos 15 o 20 hombres con la aptitud necesaria, no obstante, en cada sesión sólo solían participar 7 u 8 especialistas. Se saltaba en dos pasadas, ya que la zona era relativamente pequeña y dada la proximidad del mar había que extremar las medidas necesarias³. La dirigía el más antiguo o experimentado, el cual sería el último en saltar. A mí me correspondió dirigir aquella pasada; debíamos abrir los paracaídas con un escalon-

amiento entre hombre y hombre de 50 metros (el primero abriría a 650 metros y así sucesivamente), al llegar a mi altura (800 metros), accioné el dispositivo de apertura del paracaídas principal e inmediatamente sentí el tirón, pero... sin solución de continuidad, noté una aceleración y el flameo del velamen o campana, miré hacia arriba y vi que el paracaídas se había desplegado, pero no estaba abierto; me pareció que se había producido lo que en el argot paracaidista se conoce como *vela romana*, tiré con fuerza de las bandas y cordones para favorecer la entrada de aire y, con ello, provocar la total apertura del paracaídas, pero sin éxito. En un momento dado me percaté de que mis tres compañeros estaban abiertos muy por encima, comprendí que no me quedaba mucho tiempo para reaccionar y activar el paracaídas de emergencia, no sin antes liberar el llamado pilotillo⁴. Dicha liberación se hacía para que éste no se liara con el paracaídas principal. En aquella época los paracaídas al uso eran arcaicos y sus prestaciones escasas, para accionar con ciertas garantías era necesario zafarse previamente del principal; el protocolo a seguir era complejo y no había tiempo para ello, así que opté por liberarlo y, sin más, tirar de la anilla del de emergencia. El paquete de éste me cayó a los pies, sacando todas mis fuerzas intenté echarlo hacia a fuera para que cogiera aire, por un momento pareció que se hinchara, pero inmediatamente se lio con el paracaídas principal; presentí que el impacto contra el suelo era inminente, me encogí lo que pude haciéndome una pelotita y me preparé a *bien morir*. Puedo asegurar que no me entró desesperación ni pánico alguno —ya no me quedaba tiempo—, acepté mi destino con resignación y durante los últimos instantes que creí que me quedaban de vida, tuve —tiempo después supe que así se llaman— una recesión, en la que a gran velocidad vi pasar las imágenes más importantes de mi vida. La última visión fue de mi joven esposa e hijita de pocos meses, pensé que, al morir en acto de

(Continúa en Pág. 4)

(Viene de Pág. 3)

servicio, ellas no quedarían del todo desamparadas. A continuación llegó el impacto contra el suelo, concretamente sobre la pendiente de una duna.

Entré con bastante fuerza y, sin saber si estaba vivo o muerto, permanecí inmóvil durante un corto espacio de tiempo, ...pensé *A lo largo de mis años como paracaidistas, me he dado golpes más fuertes. Si estoy muerto no ha sido tan horrible.* Como no me dolía nada, intenté mover un brazo y noté que podía hacerlo, probé con el otro e igual; hice por ponerme en pie, no sin antes mirar si quien se incorporaba era yo, o sólo mi alma, ente o espíritu. Libre de cualquier duda ¡¡albricias!! estaba vivo e ileso. Aturdido y sin llegar a comprender lo que había pasado, procuré calmarme y me puse a recoger los paracaídas. De inmediato —a la carrera— hizo su aparición un cabo de mi Compañía que se encontraba de servicio en la D/Z (zona de lanzamiento), para señalizarla mediante paneles, botes de humo, controlar la dirección e intensidad del viento (anemómetro), mantener el enlace radie, etc. *¿Cómo está, mi sargento primero?*; me contó que a unos 20 o 25 metros del suelo, el paracaídas de emergencia se abrió completamente y, acto seguido, me posó en tierra. Los que lo contemplaron desde cierta distancia dijeron que me habían perdido de vista sobre la línea del horizonte, pensando que me había estrellado.

Nadie me aclaró técnicamente lo que motivó la apertura defectuosa del paracaídas principal; tampoco quise hacer más averiguaciones, había salido vivo e ileso y, por ello, dándole gracias a Dios, me di por satisfecho.

Años más tarde, durante el transcurso de una misión en los Balcanes, de paso en la Base Aérea de Getafe (Madrid), volví a encontrarme con el antiguo cabo de la zona de lanzamiento, era guardia civil y prestaba sus servicios en la aduana. Ambos nos alegramos de vernos después de tanto tiempo y recordamos aquella jornada.

Mi familia tardaría muchos años en saber lo que me pasó. Fue a través de la indiscreción de terceras personas; mi madre, que en glo-

ria esté, jamás lo supo. A quien sí se lo conté fue a un joven teniente médico, recién incorporado a la Bandera, que aquel tiempo ya apuntaba *maneras*, por habérselo oído hablar a otros oficiales, se llamaba —y se llama— José Cabrera, hoy es un prestigioso psiquiatra -forense, muy conocido en los medios de comunicación. Creo que en alguna ocasión —sin dar nombres— ha hecho mención a mi experiencia con el Ángel de la Guarda, que aquel día, sin lugar a dudas, salvó mi vida al abrir completamente el paracaídas de emergencia.

¡Ah!, con el tiempo volví a saltar en caída libre, pero no con la misma frecuencia.

Siempre he sabido quién es mi Ángel de la Guarda, pero se trata de un secreto personal... que me llevaré a la tumba.

JAIME RAMÓN BELLET GOMIS

NOTAS

1. La última Bandera Paracaidista destacada en las Islas Canarias, al no ser ya necesaria su presencia, dado que España ya no tenía posesiones en la Guinea, ni en el Sáhara, se replegó en el otoño de 1979.
2. Especialistas en el salto en caída libre militar.
3. A lo largo de los casi 21 años que estuvo activada la Bandera de Canarias, se produjeron varios accidentes con paracaidistas que cayeron al mar; algunos perecieron ahogados y hubo cuerpos que jamás fueron encontrados.
4. Pequeño paracaídas dotado de un muelle, cuyo cometido era impulsar la campana del paracaídas de emergencia y facilitar su apertura.

